



te hacía España, fué alcanzado por las tropas de Magnencio, que á la falda del Pirineo le quitaron la vida (350).

Miéntas esto acontecia en Occidente, y miéntas en Oriente sostenia Constancio la guerra con los persas, el ejército de Iliria aclamaba Augusto á Vetranion, general anciano, que ni siquiera sabia escribir, pero que declaró no aceptar la púrpura sino para vengarse del usurpador Magnencio, como lo realizó en la famosa batalla de Murza, donde le derrotó completamente. En Roma se habia hecho aclamar emperador Nepociano. Así andaba revuelto el imperio. Al fin logró Constancio quedar dueño único de todo el imperio, como su padre Constantino (354). Pero Constancio favoreció la causa de los arrianos, que dió ocasion á la celebracion de tantos concilios, figurando honrosamente en casi todos nuestro Osio de Córdoba. Las revueltas de las Galias y las devastaciones de los francos y germanos movieron á Constancio á encomendar el cuidado de aquella guerra á Juliano, último descendiente de Constantino. Este hombre hábil y elocuente supo ganarse pronto la confianza del ejército, que acabó por aclamarle Augusto. Murió Constancio, y quedó Juliano señor del imperio (361).

Fué este Juliano el llamado *apóstata*, porque apostató de la fe cristiana en que habia sido educado, y no sólo volvió al culto de los antiguos dioses, sino que promovió una reaccion en favor del politeísmo, cuyos oráculos no dejaban todavía de consultarse en mucha parte del imperio. También Juliano ha servido de original á retratos bien distintos, como suele acontecer á los príncipes reformadores. Los cristianos le han vituperado con razon en la parte que se refiere al restablecimiento de la idolatría y al afán de rejuvenecer las creencias paganas que Constantino habia proscrito. Pero los cristianos que no veían en el emperador sino al *apóstata*, no al literato ni al filósofo, acumularon sobre su cabeza enormidades en masa. Los incrédulos, por el contrario, le han ensalzado en demasia, llamándole otro Marco Aurelio, y habiendo quien le haya apellidado *el segundo de los hombres*: éstos no han querido ver en él sino un filósofo con quien congeniarían,

pero no han visto en Juliano el cínico, el burlesco, el petulante; y de fanático y supersticioso le califica el mismo Amiano Marcelino, siendo un historiador gentil (1). Como enemigo de los cristianos, tuvo Juliano dos épocas; una de tolerancia, en que quiso hacer el papel de un Constantino de los paganos, permitiendo la libertad de cultos, si bien favoreciendo el de los antiguos dioses, como Constantino favorecia el de los cristianos: en una carta á Ecébola le decía: «He resuelto usar de dulzura y humanidad con todos los galileos (así llamaba él siempre á los cristianos), y no tolerar que en manera alguna se violente á ninguno para que concurra á nuestros templos ni se los obligue con malos tratamientos á que hagan cosa alguna contraria á su modo de pensar.» ¿Quién no ve aquí una imitacion afectada de Constantino? Pero tuvo su época de intolerancia, en que hizo á los cristianos una persecucion más corta, pero no ménos encarnizada que la de Diocleciano. Viéronse horrores que hacen estremecer: por una ley que publicó en 362, tuvo la pequenez de prohibirles la facultad de enseñar la retórica y las bellas letras. Ciertamente que cuando él subió al imperio la sociedad religiosa ofrecia ya un espectáculo bien triste: la herejía de Arrio lo habia invadido todo, y lo traía todo revuelto; los católicos celebraban concilios contra los arrianos, y los arrianos los celebraban contra los católicos; unos á otros se anatematizaban, y llegaban ya á no entenderse; los obispos se disputaban las sillas, y mutuamente se desterraban. Añadíase á esto los donatistas, novacianos y eunomianos. No faltaba al desórden sino la rehabilitacion del paganismo, y esto hizo Juliano: aún hizo más; por odio á los cristianos constituyóse en protector de los judíos, y quiso que se reedificase

(1) «Superstitiosus magis quam sacrorum legitimus observator.» Amm. Marc. En el siglo pasado Voltaire le llamaba *modelo de reyes*, y Montesquieu *el más digno de cuantos han mandado á los hombres*. La Bletterie, á pesar de ser gran parcial de Juliano, le hizo ménos. Los filósofos franceses del siglo pasado disimularon poco su incredulidad, y ménos su apasionamiento á la filosofía anti-cristiana. Muy de otro modo y con más tino le juzga el erudito Chateaubriand en sus Estudios Históricos, disc. II, part. II.



el templo de Jerusalem, lo cual le impidió llevar á cabo un terremoto acompañado de erupciones volcánicas, porque estaba profetizado que no se volvería á levantar y era menester que la profecía se cumpliera. El desórden religioso habia llegado al más alto punto.

Por fortuna de la cristiandad el reinado de Juliano fué corto, no llegó á tres años; y el politeísmo murió con el mismo que habia querido resucitarle contra el torrente del siglo. Juliano fué el último emperador pagano. No sabemos cómo un hombre de sus talentos emprendió detener en su curso la revolucion ya inevitable de las ideas. Bien que era menester que el paganismo moribundo hiciera como los hombres un esfuerzo vigoroso ántes de espirar. Muerto Juliano, el ejército, á quien se habia vuelto momentáneamente el derecho de eleccion, ofreció la púrpura al prefecto Salustio, que no la admitió, y en su lugar fué elegido Joviano, hijo de Vetranion (364): éste era cristiano, y como tal volvió la paz á la Iglesia. También quiso dar la paz al imperio, pero la compró de los persas por medio de un tratado vergonzoso en que les cedió cinco provincias. Reinó sólo siete meses, y le sucedió Valentiniano, confesor de la fe en tiempo de Juliano. A poco de su elevacion se asoció al imperio su hermano Valente, á quien dió todas las provincias orientales, quedándose él con las de Occidente. Desde entónces se dividieron para siempre el imperio Oriental y el Occidental: Valentiniano estableció su córte en Milan, y Valente en Constantinopla. Valente era un arriano furibundo, y en sus dominios se encrudecó la persecucion contra los ortodoxos, inaugurándose con la muerte del venerable Atanasio, á quien Joviano ántes habia restituido á su silla.

Otra persecucion de nuevo género se desplegó en el reinado de estos dos hermanos. La magia y la hechicería se habian propagado prodigiosamente en estos últimos tiempos en que el paganismo espirante habia buscado todos los medios de herir las imaginaciones vulgares para sostenerse, y algo que sustituir á los milagros del cristianismo. Los dos emperadores atestaron las cárceles de súbditos acusados de ejercer encantamientos, y complaciáanse

en que los desgarraran las fieras: porque ambos eran tiranos y crueles, Valente por debilidad, Valentiniano por genio y por inclinacion. *Matadle*: esta era la fórmula con que fallaba las causas. Increíble nos parecería, si no lo dijera un historiador contemporáneo (1), que Valentiniano hiciera dormir junto á su cama dos feroces osas, llamadas *Inocente* y *Lentejuela de oro* (*Innoxia* y *Mica Aurea*), las cuales alimentaba de carne humana. ¡Y este era un cristiano!

Sin embargo, este hombre cruel á quien una sentencia de muerte por la más leve falta en su servicio personal no costaba nada, este hombre que ordenó en una ocasion á sus lictores le llevaran las cabezas de tres magistrados por provincia, este hombre de las dos fieras por compañeras de dormitorio, ¡cosa rara y singular! hizo leyes sábias y justas para el imperio. Dió á las ciudades defensores de oficio, estableció médicos gratuitos en Roma para la asistencia de los pobres, creó escuelas públicas á semejanza de las universidades modernas, puso límites al acrecentamiento de las riquezas de la Iglesia y á la multiplicacion de las órdenes monásticas, prohibió al clero aceptar legados testamentarios por el abuso que hacian de su oficio con los moribundos, castigó severamente el adulterio, disminuyó los impuestos y refrenó los desórdenes y vejaciones de los agentes del fisco (2). Las ideas civilizadoras del cristianismo luchaban en este hombre con la ferocidad de su carácter. Por algunas de sus leyes vemos también que el poder y la fortuna iba siendo un principio de corrupcion en los cristianos.

Se acerca el tiempo de las grandes irrupciones de los bárbaros: se aproxima el gran suceso que apresuró la caída del antiguo mundo. Valentiniano tiene que combatir contra los alemanes, que se arrojan sobre la Galia. Aparecen los borgoñones, salidos de los vándalos, y como enemigos de los alemanes se alistan con Valentiniano y le ofrecen un ejército de ochenta mil hombres. Los sajones y los francos

(1) Amm. Marcel. lib. XXVII y XXIX.

(2) Códig. Theodos.



se presentan de nuevo en las costas de la Galia: los pictos y los scotos devastan la Gran Bretaña. Un general español se hace conocer en esta guerra, Teodosio, el padre del que había de ser emperador de Oriente. Teodosio liberta la Gran Bretaña, rechazando los bárbaros hasta el centro de la Caledonia. Los nómadas y los mauritanos se revolucionan en África, y nombran un emperador. Acude Teodosio, y pone al príncipe moro en tal puro, que le obliga á suicidarse.

Teodosio liberta también el África. Por recompensa de sus servicios, el virtuoso español, el hábil general, el libertador de la Bretaña y del África es decapitado en Cartago, después de haber recibido el bautismo. Los cuados y los sármatas desolaban también la Iliria: Valentiniano corre al frente de las fuerzas de la Galia, y en una audiencia que daba á los diputados de los cuados reventó en un acceso de cólera que le rompió un vaso del corazón. Tal era la irascibilidad del compañero de gabinete de las dos osas. Fueron proclamados emperadores sus dos hijos Graciano y Valentiniano II. Este era demasiado joven, y aunque en la repartición le tocó la Italia, la Iliria y el África, guardando para sí Graciano la Galia, la España y la Inglaterra, Graciano fué el que en realidad gobernó todo el Occidente.

Coincidió con la muerte de Valentiniano la gran invasión de los bárbaros. Los godos, que habían permanecido fieles á la familia de Constantino, y que se habían ido multiplicando en los bosques y sujetando en torno suyo otras poblaciones bárbaras, tenían á su cabeza al viejo Hermanrico, que con más de un siglo de edad iba todavía á los combates. El Danubio era la barrera que separaba el imperio salvaje del imperio civilizado. Los ostrogodos, ó godos del Este habían cedido su preeminencia á los visigodos del Oeste, cuando se aparecieron los hunos; que después de haber derrotado á los alanos se hallaron frente á frente con los godos. Las dos monarquías salvajes, escita y tártara, iban á chocar una con otra, cuando murió Hermanrico asesinado por la familia de un jefe á cuya mujer había condenado á ser ma-

gullada por los cascos de los caballos (1). Un corto número de ostrogodos se aventuró á combatir con aquellas hordas desconocidas, pero no pudiendo resistir á la caballería de los hunos y de los alanos, los ostrogodos se sometieron á sus vencedores. Los visigodos, retirados hácia el Danubio, pidieron permiso á Valente, por medio de su obispo Ul-fila, para establecerse á la orilla derecha del río (375). Valente accedió á su petición, felicitándose de recibir en su imperio aquellas masas de bárbaros, semi-cristianos la mayor parte, y que le prometían hacerse arrianos y defenderle, pero á condición de que le entregasen sus hijos y sus armas. Convinieron los godos en ello. Valente mandó reunir una multitud de barcos, balsas y troncos de árboles para que los godos pasasen el Danubio, y los romanos se ocuparon día y noche en trasladar á su imperio los que habían de destruirle. Varias veces intentaron los romanos contar los que pasaban, y siempre tuvieron que desistir: no era fácil contar un millon de individuos (2). Separáronse los hijos de los padres, y fueron aquéllos distribuidos en varias provincias. Las armas no las dejaron. Con las riquezas que llevaban sobornaron los oficiales del emperador, y así pudieron conservar sus aceros.

Habia entrado en el trato que los romanos suministrarían víveres á los godos, pagándolos éstos. Pero no tardó la avidez de los generales romanos en agotarles todos los recursos; un pan les costaba un esclavo; y cuando no tuvieron esclavos que vender, daban sus propias mujeres. En esto los ostrogodos pasaron también el Danubio sin pedir permiso á nadie: á la voz de Fritigernes, jefe de los visigodos, fácilmente se aliaron los antiguos y los nuevos inmigrados; y un día estando convidado Fritigernes á un festín por Lupicino, general de los romanos, estalló la rebelión en Marcianópolis: una riña entre algunos soldados romanos y otros de la guardia de los godos, hizo que las voces penetraran en la sala del banquete. Fri-

(1) Jornard. De rebus Géticis, c. XIV.

(2) Amm. lib. XXXI.



tigernes y los suyos desnudan sus espadas, atraviesan la ciudad, y se dirigen al campamento, donde la muchedumbre los recibe con aclamaciones. Lupicino marcha con sus legiones contra ellos; los godos hacen resonar aquel cuerno á cuyo ronco y triste sonido había de desplomarse el Capitolio (1); empuñase el combate y los romanos quedan vencidos. Desde aquel momento aquellas masas de salvajes, primero fugitivos y suplicantes, luego aliados y oprimidos después, se creen ya señores del imperio.

Con el orgullo de esta victoria marchan sobre Andrinópolis; saquean por segunda vez la Tracia; á esta novedad Valente parte á toda prisa desde Antioquia, y solicita socorro de su sobrino Graciano, emperador de Occidente; encuéntrase los dos ejércitos á ocho millas de Andrinópolis; el campo era llano; la infantería romana se ve envuelta por la numerosa caballería de los bárbaros; las legiones deshechas y confusas caen atropelladas bajo los innumerables sables de los godos; una flecha hiere al emperador al cerrar la noche, retíranse á una cabana, acométenla los godos, y hallando alguna resistencia prenden fuego: el emperador con toda su régia pompa perece entre las llamas (2). Las dos terceras partes del ejército romano con sus principales caudillos quedaron en el campo. Horrorosa fué la carnicería. Los godos se presentaron en seguida sobre Andrinópolis, pero hallando más resistencia de la que habían pensado, extiéndense como una nube hasta las murallas de Constantinopla, dejando asolado y de-

sierto el país por donde pasaba aquella muchedumbre. Allí se encuentran los bárbaros del Norte y del Mediodía. Los árabes que estaban al servicio de Valente acometen á unos germanos, y los godos ven con horror á un sarraceno arrojarle sobre el cadáver de un godo que había matado, chupar la herida y beberse la sangre. Los bárbaros se asombraban de haber encontrado otros hombres más bárbaros que ellos (378).

En este tiempo Graciano, emperador de Occidente, enredado en la guerra que le habían movido los germanos y alemanes, sin poder enviar á su tío los socorros que le había pedido, recibe la noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia. Entónces busca un general que sea capaz de resistir á torrente tan impetuoso: sólo uno había que pudiera desempeñar tan árdua misión, y este hombre no estaba en el ejército; estaba en España retirado como otro Cincinato. Este general era Teodosio, el hijo de aquel Teodosio que tres años ántes había sido decapitado en Cartago, desde cuya época el hijo se había desterado voluntariamente á España, su patria, habiendo ántes servido gloriosamente á las órdenes de su padre. Graciano llama á este ilustre y modesto español, y en presencia de las tropas le proclama emperador de Oriente, agregando á las antiguas provincias las dos grandes prefecturas de Dacia y Macedonia (379).

(1) *Auditique triste sonantibus cernuis.* Amm. ibid.

(2) *Cum regali pompa crematus est.* Jornard. capítulo XXVI.